

VOLVER A VOLVER

*“¡El genio no es otra cosa que la vuelta voluntaria a la niñez!”
Henri Matisse*

Durante el tiempo que el espejo articulado permaneció en el aseo a mí me gustaba meter la cabeza en medio, abrir en ángulo de noventa grados las puertas laterales y pegarlas a mis orejas. A veces apagaba y encendía la luz. Observaba la dilatación y contracción de las pupilas. Era un momento extraño. Me miraba fijamente, y al concentrarme en la mirada parecía como si me desdoblara, llegaba a cuestionarme quién era el que estaba delante. No supe contestar.

Ha pasado el tiempo y ahora me respondo diciéndome que el otro soy yo. Nació en mí la necesidad de buscarlo. Una búsqueda no surge con la conciencia de sentirse completo, sino de experimentar una carencia. Tal vez la vida consista en ese proyecto que está ahí al lado y que no alcanzamos por no dar el salto necesario para llegar hasta él. En el agua se zambullen aquellos que han saltado. Han decidido vivir auténticamente, elegir desde la libertad y son creadores de su historia, de su propio Mito. No es una meta, surge por la gente que inventamos.

A veces trato de recordar si existió un momento exacto en el que me despidiera de mis juguetes. Creo que no lo hubo. Lo que si me viene a la memoria es el ritual con el que me iba a las escaleras que dan a la azotea de mi casa. Sobre los escalones disponía los rotuladores y un papel doblado por la mitad. Aquello me llenaba de una excitación comparable a la sexual. Con tal inquietud sucedía de todo delante del papel: aventuras en las que aparecían figuras que se superponían sin tener de fondo un espacio reconocible y permaneciendo sólo el blanco del papel. Tampoco había un sentido narrativo completo. Me gustaba detenerme en el momento en el que las figuras saltaban por un precipicio y caían. En realidad se trataba de una excusa ideal para recrearme en dibujar e imaginar el movimiento de la ropa y las ondulaciones del cabello. No llegaban a topar con el suelo porque aparecía un tronco resistente al que se enganchaban e intentaban de nuevo subir hacia la cima.

La nostalgia de la unidad perdida es una gran aliada, aunque a veces surge la pregunta de por qué orientarlo todo hacia esa búsqueda del Paraíso. Fui descubriendo en mis compañeros de ruta cual era nuestro nexo de unión. La añoranza del reino perdido es lo que engrandece y hace universal a cualquier hombre porque hay una aspiración a querer ser, a convertirse en un Vector que apunta porque pretende asomarse a ese lugar lejano.

Cruzaba un arroyo por mi pueblo y mi casa se encontraba en una de las orillas. Me ensimismaba mirando aquella naturaleza. Observaba a los niños que se aventuraban a cruzarlo en los días nublados (y) de manchas de barro. Mi madre me recomendaba que no me comportara como ellos. No lo hice. Siempre doblaba un folio y sacaba los colores.

¿Cayeron finalmente las figuras flotantes de aquel espacio en blanco? ¿Qué había en las profundidades de aquel barranco?

Un bosque donde las ramas son unas madres protectoras que dan sombra y enseñan a caminar a su hijo, que se siente contenido y aspira la atmósfera cargada de misterio y sensualidad. En sus primeros pasos, el niño excitado, descubre a la diosa bañándose en un lago cristalino arropada por su séquito virginal. El muchacho es sorprendido y tiene lugar el castigo del voyeur. Es el pago por tocar tierra tras el gran salto. Le salen cuernos de la cabeza y se convierte en un animal expuesto a la cacería de sus hermanos, que no lo reconocen. El hijo se encadena al implacable don de la creación acompañado por un látigo para autoflagelarse, como dice T. Capote. En su soledad, huye para materializar a través de la memoria lo que vio. Retazos de un álbum familiar desperdigado en una gran casa. Un perpetuo recuerdo que se matiza a través de su experiencia. La invitación al salto constituye la búsqueda de la identidad, que se encuentra plagada de signos. Hay que saber descifrarlos, leer entrelíneas. El buscador debe ser afortunado para escuchar voces donde los demás no las oyen y convertirse en un perseguidor visionario. De ahí que aparezcan puentes, puertas, espejos, umbrales, dependencias,...

Existen unos momentos mágicos en los que tienen lugar unas revelaciones excepcionales para el resto de una vida; aparecen como espejos ante las personas que se buscan. No son reflejos simétricos de uno mismo, sino como una especie de epifanías que van marcando la vida. Sucedió en una convivencia parroquial que tuvo lugar en un olivar alejado del pueblo. Era un grupo reducido de personas que se dedicaban a preparar las liturgias de las misas. El sacerdote nos dio una reflexión para el día. Trataba sobre la ceguera. Era la historia de un pecesito que nadaba en las profundidades del mar y le preguntaba a un pez grande dónde se encontraba el océano. El gran pez se quedó perplejo y le respondió que el océano era la misma agua por donde estaba nadando, que dejase de buscarlo. Fue descubrir la segunda lectura de las cosas que te rodean, convertir en signo lo cotidiano. Desde entonces conviví con una realidad plagada de anuncios reveladores y decidí

comunicarme a través de ellos.

El origen de mis personajes se encuentra en la memoria que va matizándose con la experiencia del tiempo actual. Los instantes vividos tienen su razón de ser y es el tiempo el que revela su significado simbólico. Conecto con la tradición medieval realizando series de imágenes más que representaciones realistas. Todo vale como signo. Trato de contar una historia en la que los personajes se encuentran dispuestos por fuerzas mayores y componen figuras que ellos mismos desconocen. Se unen con otros a través de unos circuitos que se cierran y se relacionan. Cuando se conocen aparece una especie de constelación, al igual que sucede en Rayuela, donde existe entre los personajes y la propia estructura de la novela unos vectores que van configurando ese dibujo. Subyace de fondo también, la teoría de la naturaleza humana y el erotismo de George Bataille, quien considera al hombre como un ser discontinuo que persigue la continuidad. De ahí que las figuras se conecten entre ellas porque buscan su razón de ser a través del otro.

Esas conexiones se producen en lugares mágicos, son espacios para el reencuentro y la comunicación. Cada figura corresponde a momentos que me llevan a ese paisaje donde habita el recuerdo. Su expresión me llevó a dividir las composiciones en sectores como los Mandalas que narran las etapas espirituales.

En la disposición de las figuras permanece el retorno al mundo en el que siendo pequeño me desarrollé. Esa superposición contiene ahora la necesidad de meterlo todo en la historia que cuento, como decía Virginia Wolf de sus novelas.

Sucedió en la clase mientras tiraba un boomerang. ¡Qué simbólico para hablar del arte representativo! Representar: Volver a presentar. La acción de lanzarlo regresa hacia a él. Volver a volver. Las situaciones pueden tener dos sentidos: el inmediato, que te puede parecer absurdo y falso; y el mediato, que se convierte en una revelación. A menudo se siente con algunas personas que determinados hechos encarnan lo que a uno le gustaría ser. Tal vez porque han dado el salto y hablan desde el otro lado. Me sucedió con él. En una ocasión me contó una bella metáfora que se relaciona con nuestros destinos individuales y su pertenencia a una constelación poderosa que es la que envía la fuerza. Me ejemplificó las ocasiones en la que se pasea por un espacio abierto y desahogado de gente, y a pesar de mirar de frente a una persona, se permanece en la dirección tomada y por muy poco no se topa con ella. O veces en que tiene lugar un titubeo porque ambas personas deciden marchar en el mismo sentido y hasta que no se para una, la otra no toma la dirección. A partir de estos hechos me dijo que en el universo, las energías tienden volver a encontrarse. Esa tendencia es la fuerza de arranque de nuestra nostalgia original.

En ese recuerdo se producen también unas deformaciones. Por un lado las imágenes mentales se vuelven sintéticas en formas y colores. Retenemos lo que nos llama la atención por diversos motivos. Y por otra parte, recordamos algunas veces cómo lo vivimos o cómo nos gustaría que se hubiera vivido, entrando en juego el concepto de la Verdad. Una verdad personal que canta a lo que se pierde o a lo que se quiere. Mis figuras nacen, por tanto, de esas dos fuentes del recuerdo: del Verdadero, materializado en un tiempo concreto a través de la fotografía y del Memorial mental, que se deforma llegando las figuras a perder su carácter al convertirse en siluetas recortadas.

El espacio en el que habitan se va volviendo cada vez más referencial pero conserva las veladuras y las superposiciones de planos espaciales como si fueran un fluido. Es como si el sentido espacial hubiera recuperado la memoria y lo recordase con mejor nitidez. Ese carácter de pérdida o recuperación de visibilidad y nitidez en las figuras a través del espacio es el que trato de materializar. Es el que imagino que se produce en nuestra mente al recordar. A través del dibujo y la serigrafía puedo anteponer y alejar los personajes. A través de veladuras y superposiciones trato de conseguir que la pintura sirva para que perviva el recuerdo que va cambiando y va descubriendo sus significados.

Simón Arrebola